

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
Que yacen por los llanos estendidos,
Negras torres, desiertos campanarios,
Solares sin señor, templos hundidos,
En eriales y cuevas y calvarios
Y en olvidado polvo convertidos,
No pudieron guardar en la memoria
Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
Orladas de magníficos relieves,
Cargadas de sutiles maravillas
En sus aéreos arabescos leves;
Ven, y en esas ruinas amarillas,
Escrutadora edad, lee si te atreves
Por mas que rompas al pensar los diques
Mas que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo mas en tu camino
Y un poco mas tu huella profundiza,
Y de Alvaros y Enriques el destino
Se hundirá con la tierra quebradiza :
Y mañana pasando el peregrino
Al topar de sus huesos la ceniza
Dirá por conjeturas : ¡aquí fueron!
Pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda en ese alcázar mutilado
Bajo los opulentos artesones
De reyes un espléndido senado
Con sus cetros, coronas y blasones;
Y hoy en su puente roto y derribado
Y en sus pintarrajeados murallones
Acaso en vano el pensador profundo
Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
Y tres veces tal vez le apuntalaron;
El uno vació en lanzas sus cadenas,
Y las lluvias del otro le minaron.
Cegó el otro de adobes sus almenas,
Y los tres al pasar le profanaron,
Cual copa así que en el festín rompieron
Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos
Escombros hallan, débiles memorias
Que apenas en estériles despojos
Rastro dudoso dan de sus historias :
Donde quiera en fatídicos manojos
Huesos se hacinan y se esconden glorias,
Sin que sepan decir tantos osarios
Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
El nombre de la pátria y la alta cuna
De la raza del pueblo poderoso
Que ató á sus piés el tiempo y la fortuna :
Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
Con que á la edad fatiga é importuna,

Con que de veinte siglos la carcoma
Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
Y en vano el ronco temporal la moja,
Y en vano sobre el monstruo macilento
Tan larga edad su pesadumbre arroja;
Que siempre altivo y grande y opulento
Ni el vendabal ni la vejez le enoja;
Y siempre rico en su ciudad derrama
Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
Aguas puras de fuentes cristalinas
Que hollais el césped y chupais los hielos
En esas cumbres á la luz vecinas;
Bajad del monte si abrigais desvelos
En vuestras soledades peregrinas,
Cansados ya de la desierta sierra
De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda
Donde entre brezos de color pajizo
Tiende la yerba trenzas de esmeralda
Con que á sus solas sus alfombras hizo,
Donde con flores de carmin y gualda
Corona vuestro espejo movedizo,
Hay una puerta en el hendido casco
De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo
Ni crece á su dintel adelfa amarga,
Ni fierá alguna de talante torvo
La linfa turba en su carrera larga :
Torced por ella vuestro curso corvo
Sobre el peñasco que el camino alarga
Hasta que vuestros rápidos cristales
Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
Por la ancha espalda del escelso puente
Reverberando las madejas de oro
Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
Bajad del monte en susurrante coro
Agitando la límpida corriente;
Vereis el sello con que el hombre doma
De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho
Do el puente os presta soledad y abrigo,
Veis por las grietas del canal estrecho
Tal vez llorando á mi amoroso amigo,
Si es que las llagas de su herido pecho
Consuelo admiten ó á su mal testigo,
Decidle que hay quien su pesar agora
Del Manzanares á la márgen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas
Fuentes sonoras, límpidos arroyuelos
Que de esas cumbres á la luz vecinas
Hollais el césped y bebeis los hielos,

Si hallais en tantas flores las espinas
De sus antiguos y cansados duelos,
Dadle de vuestra fugitiva randa
Con el claro compas música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
Y en madre selvas vuestra verde orilla,
Y os preste sombra, arroyos bullidores,
La caña cimbradora y amarilla;
Y así bajen los lindos ruiseñores,
La suelta garza y triste tortolilla
A hundir en vuestras frágiles espumas
Los tiernos picos y esponjadas plumas.

A LA NIÑA C. D. E.

Niña que creces ufana
Flor temprana
De la vida en el vergel,
Ostentando primorosa
Flor pomposa
Tus mil matices en él;

Rie y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,
Mientras luce claro el día
¡Vida mía!
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
Hoy sereno
Brilla espléndido tu sol
Y con vivo lampo dora
De tu aurora
El purísimo arrebol.

Rie y canta, que este yerto
Gran desierto
Que llamamos mundo aquí,
Aun guarda blandos olores,
Ricas flores,
Y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia
Hay fragancia,
Calma, sombra, fresco y paz,
Sin que viento revoltoso
Tempestuoso
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
De la luna
Al tranquilo resplandor,
Mientras el aura la mece
Y te adormece
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
Vaporosos
Blancos sueños delirar,
Sin temer que el desengaño
Vele uraño
A tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre hallais un seno amigo
Que os da abrigo,
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra
Que á la piedra
Que os ampara os acojéis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debeis.

¡Ay! y podeis tornar los ojos
Sin enojos
Ni zozobra criminal
A buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
Como armíños
En pureza y en candor;
Dulces prendas de consuelo
Que en su duelo
Da á los hombres el Criador.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el vergel;
Rie y canta mientras dura
La ventura
Y la paz que hallas en él.

Rie y canta tu alegre primavera,
Mariposa de cándido color,
Que te meces inquieta y pasajera
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
Mientras en este yermo valadi
La ráfaga que abrasa al que la aspira
Brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila descuidada
Las dulces horas que de amor te dan,

Sin acordarte de la edad pasada,
Ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
El puro halago del materno amor,
El labio atento al regalado beso,
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
Vivir amando, y para tí no hay más,
En el regazo maternal dormida
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,
Yo quiero amarte y delirar también;
Quiero gozar tus débiles abrazos,
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño
Los mimos inocentes lo que son,
Y cuánto calma un infantil cariño
La amargura y pesar del corazón...!

Ven, sentada en mis rodillas
Tus mejillas

Amoroso besaré,
Beberé en tus ojos bellos
Cuanta vida encuentre en ellos,
Y en su luz me mimaré.

Si en mis brazos arrullada
Fatigada
Te pluguiera dormirar,
Porque duerma muellemente
Alzaré confusamente
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
Estás, ¡mi vida!
Escuchándome decir,
Te contaré lindos cuentos
De hadas y encantamientos
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
Que con ellas
Sueños, niña, sin cesar;
Te diré cosas tan suaves
Como el canto de las aves,
Y del aura el susurrar.

Rie, niña, y canta ufana;
Flor temprana
De la vida en el verjel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
La tormenta
Desgarre de una pasión,

Rie y canta mientras inerte
En la paz del tiempo duermes
Encerrado el aquilón.

Mientras lejos de tí braman,
Y esparraman
Las venturas del vivir
Los mundanos vendabales,
Tú las dichas terrenales
Apresúrate á reír.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el verjel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

A UNA CALAVERA.

FANTASÍA.

«¿Conoces á ese hombre?
— No por cierto.
— Mirale bien, y tómale las señas.
— Imposible. Lleva una máscara tan
impenetrable como las tinieblas.»
F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra
Geroglífico audaz, testigo mudo
Que incrustó en los dinteles de la tierra
Quién sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa;
Tus huecos ojos y tu calva frente;
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvarios
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y jóven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
O cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?

¿Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monges te llevaron
A un templo, donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¿Sin duda que gozaras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra impura
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta
En recinto comun tener contigo
Un pueblo, un trono, un ara, y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones
En el metal del ara te veías,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te escitó á reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
Los dedos de máfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecia
En confusión, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espaban
Los ojos del mancebo irreverente
A cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespon y flores,
Que por ajeno parecer sujeta
A los piés del altar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
Contemplaren en el polvo reunida
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta
Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirios y aprestar orquesta!
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
A cuanta juventud, pompa y belleza

Vejeta en una tierra condenada
A acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la voz primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa
Siendo en un funeral la calavera,

Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazón de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermanas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pié como un juguete,
Y reír de la esclava muchedumbre
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!
En un harapo inútil é irrisorio
Un esqueleto seco y cercenado
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡régia pompa!
¿Donde vamos los miseros mortales
Al ronco són de la funesta trompa
A cantar nuestros propios funerales!

¿Donde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
«Ríete y bebe, miserable, y danza,
Mientras en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

¿Y no ries, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festín como cualquiera
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
Con tus huesos ceñir una cintura,
Y preparar en la desierta boca
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros días,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarias
La dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo
Ansiarias de grandes y de dueños

Los que no dividieron ¡ ay! contigo
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano
Engalanada, y fácil, y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿qué te falta para bien tamaño?
¿Una piel trasparente y delicada
Que cubra el espantoso desengaño
Del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel, manto gastado
Que nos presta al nacer la tierra ruda?
Serás una beldad que han convidado,
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡Oh! ven á delirar donde deliren,
Y serás la verdad á quien adoren,
Y el espejo serás en que se miren
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
A cantar donde canten, las botellas
A apurar donde en orgia las apuren
En ébria confusion ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
Y con todos tambien jura y blasfema,
Hasta que doblen la cerviz beodos
Para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre
Porque su raza al pasar
El suelo en su viaje alfombré;
Firma fatal cuyo nombre
No se alcanza á deletrear;

¿Y es cierto, cráneo pajizo,
Que aunque pese al corazon
Eres tú para quien se hizo
Tanta gala y tanto hechizo,
Tanta y tanta creacion?

¿Es cierto que en otros dias
Con otra faz y otra tez
Como yo vivo, vivías,
Como yo rio, reías,
Ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos
Dos ojos aposentabas
Vivos, inquietos, redondos,
Y que esos dientes hediondos
En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roida mejilla
Brillaron matices bellos
En tu tierna edad sencilla,
Y que en tu sien amarilla
Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca
Sin contornos ni calor
Que hoy solo la muerte evoca,
Manó en tu esperanza loca
Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso
En suavísimo embeleso
A un amante cariñoso
Demandaba voluptuoso
Regaladisimo beso?

¿Que tal vez, sabio profundo,
Pasabas tus largas horas
Sombrio y meditabundo
Buscando avaro en el mundo
Venturas engañadoras?

¿Que tal vez el ojo atento
Sobre un libro amarillento
En tu amarga soledad,
Se agotó tu pensamiento
Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez, señor mundano
De alcázares y jardines,
Viviste torpe y liviano
Entre tropel cortesano
En impúdicos festines?

Y ese mundo valadí
Sabio, amante, loco, ó rey,
Te trajo con mofa aquí
Diciéndote: « Esta es la ley,
Cadáver, descansa ahí. »

¡Oh! ¡nada nos deja ver
De tus historias de ayer
Tras de tu faz deleznable
Tu máscara impenetrable
Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
Vaga, insondable verdad
Que tu inmoble gesto escuda,
Esa verdad que desnuda
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
Viene á estrellarse ¡ ay de mí!
En ese gesto severo,
Que es un centinela fiero
De lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente
Se rebelan revoltosas
Las ideas locamente

reándose de repente
eorias mentirosas;

Todas vienen á espirar
En tus cóncavos vacios,
Cual las fuentes van á dar
Sus arroyos á los rios,
Y los rios á la mar.

En vano la vida entera
Contra tu verdad conspira,
Desdeñosa calavera,
Que todo en tu faz severa
Se desvanece ó espira :

En esa cerviz curada
Al soplo de la tormenta,
Por el tiempo descarnada,
Cuya vida inanimada
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,
Y en tu irónica sonrisa,
Y en esa hendida y entera,
Seca y solitaria hilera
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
Como una cosa caída,
Como inútil prenda ajena
A quien nadie juzga buena
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros
Que un dia te sustentaran
Volvieran á estos escombros
A buscarte, ¡con qué asombros
De placer te acariciarán!

¡Oh! si alzándote una vez
Aun te pluguiera ostentar
La perdida esplendidez,
Y quisieras tu hediondez
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
Unos cabellos postizos
Que en madeja reluciente
Cayeran confusamente
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
Velaras activa tú
Con minucioso decoro
Entre nácar, perlas y oro
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
Entre las flotantes plumas,
Los collares y el cabello,
Velos echando sobre ello
Tan sutiles como espumas :

Y el repugnante mohin
De tu inmoble rostro viejo
Con esa risa sin fin
Asomaras á un festin
Tomándole por espejo!

Si acaso rey destronado
Te se antojara salir
Para ver do está enterrado
El ejército arrojado
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto
Do fué tu postrer batalla
De aquel mausoleo abierto
Tu pueblo evocaras muerto
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa
Despertando con asombro
Tu nacion volviera ansiosa
Trayendo el arnés al hombro
El faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡diabólico senado,
Medrosa, horrible ilusion,
Ver tanto esqueleto armado
En torno un rey convocado
Al dintel del panteon!

Y si vagaran errantes
Ensordeciendo la tierra
Combatiéndose pujantes
Con clamores insultantes
Pregonando su impia guerra...

¡Ah! ¡delirios son del alma
Que no te alcanza, Señor,
En los terribles secretos
De tu infinita creacion!

En los tormentosos dias
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmables
Sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,
En cuya horrible atencion
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz,

En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazón
La triste palabra NADA
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre
Que de tu mano salió,
Hecho á semejanza tuya,
Aborto digno de un Dios?

¿Es esta, Señor, la vida,
Que como una maldición
Nos carcome cuanto bello
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusión
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
En melancólico són,
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
Los jazmines jugueteon
Salpique con que la pródiga
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando
De las playas en redor;
Y le azote y le sacuda
Revolto el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso montón;

Si todo no es mas al cabo
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteón?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba
Al salir de esta mansion
Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blason
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

« ¿Qué espera? » Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteón,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa : « ¡ A Dios! »

CUARTA PARTE.

LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando
Cruza en el viento descarriada y sola
Prensando mi corazón, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo crepúsculo
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
Hundir al sol su faz esplendorosa
Y despedirle desde el hondo valle
Al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras
Perderme en la floresta sin camino,
Ideando quiméricas historias.

La mía es triste; cansa y no interesa,
Sin aventuras intrincadas, corta :
Es una historia solamente mía
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso
En que nada sucede, nada importa;
No se comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias
Como gotas de mágico veneno
Caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora

Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosa
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,
Mas os detesto cuanto mas vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan :
Idos en paz, que el llanto de sus ojos
Del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!
¡Ah, no atiendes á mis voces!
Mirame, ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras...?
¡Bebí tantas amarguras!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!
¡Tu corazón cuán oprimido!
Madre, ¿no tienes un beso
Ni una queja para mí?
¡Lloras! Beberé tu llanto...
Mas abrasan tus mejillas...
Heme, madre, de rodillas
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,
Sufres viéndome, lo veo;
Mas estoy como está el reo
Humillado ante su Dios.